

Muerte del primer Superior general y fundador: 12 de agosto Venerable Padre León *Juan del Corazón de Jesús* DEHON (14 de marzo 1843 - 12 de agosto de 1925)

Perfil biográfico



Padre León Juan del Corazón de Jesús Dehon. Fundador y primer Superior general (28 de junio de 1878 - 12 de agosto de 1925). Nació el 14 de marzo de 1843 en La Capelle (Francia). Fue ordenado sacerdote en Roma el 19 de diciembre de 1868. Escribió las Constituciones el 31 de julio de 1877 e hizo su primera profesión el 28 de junio de 1878, día de la fundación de la Congregación. Murió en Bruselas el 12 de agosto de 1925, con 82 años. Está enterrado en la iglesia de San Martín, por él fundada, en San Quintín (Francia).

Carta Circular del P. L. Philippe con motivo de la muerte del P. Fundador : 23.08.1925

Las fuentes sobrenaturales

Volvamos a las fuentes sobrenaturales donde [P. Dehon] alimentaba la energía para cumplir su deber y tener un delicado ánimo. Me parece que la doctrina espiritual, y por lo tanto el fundamento de la vida interior de nuestro Très Bon Père [Muy Buen Padre], puede ser fácilmente trasladado a la vida de unión con Nuestro Señor.

La enfermedad de nuestro santo fundador y especialmente las interminables noches de insomnio no fueron más que una continua oración. Esta oración se convirtió en más ardor y súplica cuando, en la mañana, se llevaba la Sagrada Comunión al enfermo. En los primeros días de su enfermedad se vio obligado a renunciar a la Eucaristía; esto fue un gran sacrificio para él, por lo que el primer viernes, cuando ya no pudo hacerlo, suplicó que se le permitiera comulgar, obligándose a privarse de toda bebida hasta después de haber recibido la santa comunión. Sus palabras favoritas, que repetía con su acostumbrada vivacidad, fueron: “Jesús lo es todo, es el amigo. Traedme a mi Jesús”. Estas exclamaciones no eran más que el eco del anhelo de su alma de unirse al Maestro; por eso, la noche se convertía así en una continua comunión espiritual, una preparación constante para la visita del huésped divino. Junto a su cama había mandado colocar una pequeña postal con la conocida imagen de Ary Scheffer: San Juan descansando en el pecho de Jesús. A menudo decía a los visitantes, señalando esta imagen, “He aquí mi todo, mi vida, mi muerte y mi eternidad”. Estos sentimientos, que nunca abandonaron al enfermo, ¿no son quizás a la vez prueba y manifestación de una intensa y ferviente vida interior?

Hacer la voluntad del Padre era la disposición constante del Corazón de Jesús; aceptar plenamente la voluntad de Dios era también la disposición íntima que dominaba en el alma de nuestro Rev. Padre General.

Oración por la beatificación del Fundador

Señor y Padre nuestro,
te damos gracias.
Con tu siervo el Venerable Padre León Dehon
has enriquecido a tu Iglesia
con la Familia Dehoniana.

Para tu gloria,
concédenos
el don de su beatificación.

A ejemplo suyo,
haznos profetas de amor y de reconciliación,
enraizados en el Corazón de tu Hijo.

Te pedimos, que para llevar al mundo
la alegría del Evangelio,
sus huellas sean seguidas
por muchos discípulos.

Que nuestra vida, Padre,
unida a la de Jesús,
santificada en gracia por el Espíritu Santo,
sea ofrenda agradable a tus ojos
para la salvación del mundo.
Amén.

Testamento espiritual del Fundador (San Quintín, 1914) Directorio espiritual, 276-284 [es] (DSP 1936, 474-482)

A mis religiosos, mi Testamento Espiritual

Muy queridos hijos:

Os dejo el más maravilloso de los tesoros: el Corazón de Jesús. Pertenece a todos; pero tiene manifestaciones especiales de ternura por los sacerdotes que están consagrados a él, que se entregan totalmente a su culto, a su amor y a la reparación que él ha pedido, con tal de que sean fieles a esta hermosa vocación.

Nuestro Señor amaba a todos sus apóstoles; pero amaba con una ternura especial al apóstol san Juan, a quien hizo entrega de su madre y de su divino Corazón.

El hermoso decreto de León XIII del 25 de febrero de 1888 lo decía: “Este Instituto será para el Corazón de Jesús como un ramo de flores, si sus miembros están totalmente unidos y entregados en todo al sagrado Corazón, y si hacen que su ardiente amor reine en ellos mismos y en los pueblos que evangelicen”.

Interpretando unas palabras de David, podemos decir: “El Corazón de Jesús es el lote de mi heredad. Me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad” (cf. Sal 16, 5).

Comprendéis que una vocación tan bella exige gran fervor y generosidad.

Nunca perdamos de vista nuestro fin y nuestra misión en la Iglesia, como están trazados en los dos primeros capítulos de nuestras Constituciones:

- profesar un tierno amor al sagrado Corazón, comenzando con el desprendimiento de las criaturas y la victoria sobre nuestras pasiones;
- la reparación con todas sus prácticas: la misa y la comunión reparadoras, la protesta reparadora, la adoración reparadora diaria, la hora santa y las mortificaciones compatibles con nuestro estado de salud y reguladas por la obediencia;

- el abandono de nosotros mismos en espíritu de víctima del Sagrado Corazón, soportando con paciencia y hasta con alegría las cruces que la divina providencia nos envíe.

Esta vocación exige el hábito de la vida interior y la unión con el Señor; por eso, debemos poner todos los medios para adquirirlas y mantenernos en ellas.

La vida interior no se conserva sin una gran regularidad y la práctica del silencio religioso.

Para afianzaros en ella, dedicaréis cada día media hora cumplida a la meditación de la mañana, además de las oraciones vocales, y media hora a la adoración reparadora. Haréis todos los días vuestra lectura espiritual, dividiendo el tiempo entre la sagrada Escritura y un libro de ascética o la vida de un santo. Elegiréis la vida de los santos que podrían llamarse “santos del sagrado Corazón”, es decir, aquellos que mejor han conocido y practicado esta adorable devoción.

Con todas mis fuerzas os confío al Corazón de Jesús. Os encomiendo a su misericordia. Hago la misma plegaria que él dirigió a su Padre por sus discípulos: “Padre santo, guarda en tu nombre a los que me has dado” (Jn 17, 11).

De igual modo, os confío a nuestra Madre del cielo. Que el Señor diga también de vosotros lo que dijo de san Juan en el Calvario: “Ahí tienes a tus hijos” (cf. Jn 19, 26).

Amemos en particular a los predilectos de Jesús: María y José, los tres grandes arcángeles, san Juan Bautista, san Pedro, san Juan, santa María Magdalena y todos los santos del sagrado Corazón.

Para deciros alguna cosa de mí mismo, os pido perdón por haberos edificado tan poco. No me hago ilusiones. Me pongo por debajo de todos los hombres, por el abuso que he hecho de las gracias tan grandes que he recibido. Nuestro Señor me ha conservado la misión confiada, a pesar de mi indignidad, para resaltar la inmensidad de su misericordia.

No obstante, espero la salvación, porque el Señor no querrá desmentir su misericordia; pero tendré que hacer una gran expiación y pido vivamente vuestras oraciones por el descanso de mi alma.

¿Será menester que os diga que, si el Señor quiere aceptarme a su lado, rogaré por todos vosotros y por la obra tan querida a su Sagrado Corazón?

Perdonadme las molestias que os haya podido causar y el mal ejemplo de tibieza que os he dado.

Como san Juan, mi maestro y mi modelo, os digo a todos: “Amaos unos a otros como Jesucristo os ha amado” (cf. Jn 13, 34). Con todo afecto, y por el que vosotros me habéis dispensado, os ruego que obréis de modo que la santa caridad reine siempre entre vosotros. No profiráis nunca una palabra de crítica o una queja amarga contra otro. Tened siempre un gran respeto a aquellos que son ante vosotros los representantes de Dios.

La obediencia, la regularidad y la pobreza son la salvaguardia de una congregación.

Sabéis que las familias religiosas sacerdotales han sido ayudadas generalmente, en sus comienzos, por vírgenes consagradas que han orado por ellas, como la santísima Virgen lo hacía por san Juan.

Este apoyo no nos ha faltado.

Dos comunidades, sobre todo, nos han prestado la ayuda de sus oraciones y de sus sacrificios.

Debemos un perenne reconocimiento a las Siervas del Corazón de Jesús, de San Quintín. No sabría decir todo lo que han hecho por nosotros, hasta ofrecer su vida por el buen éxito de nuestra obra.

No tenemos ningún vínculo canónico con ellas. La Santa Sede ya no autoriza la unión de comunidades, que tenía lugar en las antiguas órdenes. Pero esto no impide la comunión de oraciones y de sacrificios. ¡No lo olvidéis nunca!

Mientras yo fundaba la obra en San Quintín, con la ayuda de estas religiosas, las Hermanas Víctimas de Namur preparaban algunos santos sacerdotes, que luego se unieron a nosotros, como el reverendo padre André, de santa memoria, y el padre Charcosset, mi fiel asistente. Os acordaréis igualmente de ellas.

Mi última palabra será aún para recomendaros la adoración cotidiana, la adoración reparadora oficial, en nombre de la santa Iglesia, para consolar al Señor y para acelerar el reinado del Sagrado Corazón en las almas y en las naciones.

Ofrezco y consagro de nuevo mi vida y mi muerte al sagrado Corazón de Jesús, por su amor y por todas sus intenciones.

¡Todo por tu amor, Corazón de Jesús!

Dado en San Quintín, durante las tristes jornadas de la guerra del 1914.

JUAN DEL CORAZÓN DE JESÚS.

PACTO DE AMOR del P. León Dehon

Jesús mío, ante ti y tu Padre celestial,
en presencia de María inmaculada, mi Madre,
y de san José, mi protector,
hago voto de consagrarme
por puro amor a tu Corazón sagrado
y dedicar mi vida y mis fuerzas
a la obra de los Oblatos de tu Corazón,
aceptando de antemano cuantos sacrificios y pruebas me pidas.
Hago voto de dar a todas mis acciones
la intención del puro amor a Jesús y a su Corazón sagrado.
Y te suplico que toques mi corazón y lo inflames con tu amor,
para que no solamente tenga yo la intención y el deseo de amarte,
sino también la dicha de ver concentrados
solo en ti todos los afectos de mi corazón
con la ayuda de tu santa gracia.

Para la renovación diaria

Jesús mío, renuevo con amor el pacto que hice contigo.
Concédeme la gracia de ser fiel.